

la pez, y no tiznan. De aquella redondean y hacen pelotas, que, aunque pesadas, y por consiguiente duras para la mano, botan y saltan muy bien, y mejor que nuestras pelotas de viento. No juegan á chazas, sino al vencer, como al balón ó á la chueca, que es dar con la pelota en la pared que los contrarios tienen en el puesto, ó pasarla por encima. Pueden darle con cualquier parte del cuerpo que mejor les viene, pero hay postura que pierde el que lo toca sino con la nalga ó cuadril, que es la gentileza, y por eso se ponen un cuero sobre las nalgas; mas puédele dar siempre que haga bote, y hace muchos, uno en pos de otro. Juegan en partida, tantos á tantos y á tantas rayas, una carga de mantas, á más ó menos, como quien son los jugadores. También juegan cosas de oro y pluma, y aun veces hay á sí mismos, como hacen al patolli, que les es permitido, como el venderse. Es este tlachtli ó tlachco, una sala baja, larga, estrecha y alta, pero más ancha de arriba que abajo, y más alta á los lados que á las fronteras; que así lo hacen de industria, para su jugar. Tiénelo siempre muy encalado y liso; ponen en las paredes de los lados unas piedras como de molino, con su agujero en medio que pasa á la otra parte, por do á mala vez cabe la pelota. El que emboca por allí la pelota, que por maravilla acontece, porque aun con la mano hay bien que hacer, gana el juego, y son suyas, por costumbre antigua y ley entre jugadores, las capas de cuantos miran cómo juegan en aquella pared por cuya piedra y agujero entró la pelota, y en otra, que serían las capas de los medios, que presentes estaban. Mas era obligado hacer ciertos sacrificios al ídolo del trinquete y piedra por cuyo agujero metió la pelota. Decían los miradores que aquel tal debía ser ladrón ó adúltero, ó que moriría presto. Cada trinquete es templo, porque ponían dos imágenes del dios del juego de la pelota encima de las dos paredes más bajas, á la media noche de un día de buen signo, con ciertas ceremonias y hechicerías, y en medio del suelo hacían otras tales, can-

tando romances y canciones que para ello tenían, y luego venía un sacerdote del templo mayor, con otros religiosos, á lo bendecir. Decía ciertas palabras, echaba cuatro veces la pelota por el juego, y con tanto quedaba consagrado, y podían jugar en él, que hasta entonces no en ninguna manera; y aun el dueño del trinquete, que siempre era señor, no jugara pelota sin hacer primero no sé qué ceremonias y ofrendas al ídolo: tanto eran supersticiosos. Á este juego llevaba Motezuma los españoles, y mostraba holgarse mucho en verlo jugar, y ni más ni menos de mirarlos á ellos jugar á los naipes y dados.

Los bailes de Méjico

Motezuma tenía otro pasatiempo, que regocijaba á los de palacio y aun á toda la ciudad; ca es muy bueno y largo, y público; el cual, ó lo mandaba él hacer, ó venían los del pueblo á le hacer en palacio aquel servicio ó solaz, y era de esta manera: que sobre la comida comenzaban un baile, que llaman netoteliztli, danza de regocijo y placer. Mucho antes de comenzarlo, tendían una gran estera en el patio de palacio, y encima de ella ponían dos atabales; uno chico, que llaman teponaztli, y que es todo de una pieza, de palo muy bien labrado por defuera, hueco, y sin cuero ni pergamino; más táñese con palillos como los nuestros. El otro es muy grande, alto, redondo y grueso como un atambor de los de acá, hueco, entallado por fuera, y pintado. Sobre la boca ponen un parche de venado curtido y bien estirado, y que apretado sube, y flojo abaja el tono. Táñese con las manos sin palos, y es contrabajo. Estos dos atabales concertados con voces, aunque allá no las hay buenas, suenan mucho, y no mal; cantan cantares alegres, regocijados y graciosos, ó algún romance en loor de los reyes pasados, recontando en ellos guerras, victo-

rias, hazañas, y cosas tales; y esto va todo en copla por sus consonantes, que suenan bien y aplacen. Cuando ya es tiempo de comenzar, silban ocho ó diez hombres muy recio, y luego tocan los atabales muy bajo, y no tardan á venir los bailadores con ricas mantas blancas, coloradas, verdes, amarillas, y tejidas de diversísimos colores; y traen en las manos ramilletes de rosas, ó ventalles de pluma, ó pluma y oro; y muchos vienen con sus guirlandas de flores, que huelen por excelencia, y muchos con papahigos de pluma ó carátulas, hechas como cabezas de águila, tigre, caimán y animales fieros. Júntanse á este baile mil bailadores muchas veces, y cuando menos cuatrocientos, y son todos personas principales, nobles y aun señores; y cuanto mayor y mejor es cada uno, tanto más junto anda á los atabales. Bailan en corro trabados de las manos, una orden tras otra; guían dos que son sueltos y diestros danzantes; todos hacen y dicen lo que aquellos dos guiadores; que si cantan ellos, responde todo el corro, unas veces mucho, otras veces poco, según el cantar ó romance requiere; que así es acá y donde quiera. El compás que los dos llevan, siguen todos, sino los de las postreras rengles, que por estar lejos y ser muchos, hacen dos entre tanto que ellos uno, y cúmpleles meter más obra; pero á un mismo punto alzan ó abajan los brazos ó el cuerpo, ó la cabeza sola, y todo con no poca gracia, y con tanto concierto y sentido, que no discrepa uno de otro; tanto, que se embebecen allí los hombres. Á los principios cantan romances y van despacio; tañen, cantan y bailan quedo, que parece todo gravedad; mas cuando se encienden, cantan villancicos y cantares alegres; avívase la danza, y andan recio y aprisa; y como dura mucho, beben, que escancianos están allí con tazas y jarros. También algunas veces andan sobresalientes unos truhanes, contrahaciendo á otras naciones en traje y en lenguaje, y haciendo del borracho, loco ó vieja, que hacen reír y placer á la gente. Todos los que han visto este baile, dicen que

es cosa mucho para ver, y mejor que la zambra de los moros, que es la mejor danza que por acá sabemos; y si mujeres la hacen, es muy mejor que la de hombres. Mas en Méjico no bailaban ellas tal baile públicamente.

Las muchas mujeres que tenía Motezuma en palacio

Motezuma tenía muchas casas dentro y fuera de Méjico, así para recreación y grandeza, como para morada: no diremos de todas, que será muy largo. Donde él moraba y residía á la continua, llaman Tepac, que es como decir palacio; el cual tenía veinte puertas que responden á la plaza y calles públicas. Tres patios muy grandes, y en el uno una muy hermosa fuente; había en él muchas salas, cien aposentos de á veinticinco y treinta pies de largo y hueco; cien baños. El edificio, aunque sin clavazón, todo muy bueno; las paredes de canto, mármol, jaspe, pórfido, piedra negra, con unas vetas coloradas como rubí, piedra blanca, y otra que se trasluce; los techos de madera bien labrada y entallada de cedros, palmas, cipreses, pinos y otros árboles; las cámaras pintadas, esteradas, y muchas con paramentos de algodón, de pelo de conejo, de pluma; las camas pobres y malas, porque, ó eran de mantas sobre esteras ó sobre heno, ó esteras solas; pocos hombres dormían dentro en esas casas; mas había mil mujeres, y algunos afirman que tres mil entre señoras y criadas y esclavas; de las señoras, hijas de señores, que eran muy muchas, tomaba para sí Motézuma las que bien le parecía; las otras daba por mujeres á sus criados y á otros caballeros y señores; y así, dicen que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas á un tiempo; las cuales, á persuasión del diablo, movían, tomando cosas para lanzar las criaturas, ó quizá porque sus hijos no habían de heredar; tenían estas mujeres muchas viejas por guarda, que ni aun

mirarlas no dejaban á hombre; querían los reyes toda honestidad en palacio. El escudo de armas que estaba por las puertas de palacio, y que traen las banderas de Motezuma y las de sus antecesores, es un águila abatida á un tigre, las manos y uñas puestas como para hacer presa. Algunos dicen que es grifo, y no águila, afirmando que en las sierras de Teoacán hay grifos, y que despoblaron el valle de Auacatlán, comiéndose los hombres, y traen por argumento que se llaman aquellas sierras Cuitlachtepetl, de cuitlachtli, que es grifo como león. Ahora creo que no los hay, porque no los han españoles aún visto. Los indios muestran estos grifos, que llaman quezalcuitlactli, por sus antiguas figuras, y tienen vello, y no pluma, y dicen que quebraban con las uñas y dientes los huesos de hombres y venados; tiran mucho á león, y parecen águila, porque los pintan con cuatro pies, con dientes y con vello, que más aína es lana que pluma; con pico, con uñas, y alas con que vuela; y en todas estas cosas responde la pintura á nuestras escrituras y pinturas; de manera que ni bien es ave ni bien bestia. Plinio, por mentira tiene esto de los grifos, aunque hay muchos cuentos de ellos. También hay otros señores que tienen por armas este grifo, que va volando con un ciervo en las uñas.

Casa de aves para pluma

Otra casa tiene Motezuma de muchos y buenos aposentos, y con unos gentiles corredores levantados sobre pilares de jaspe, todos de una pieza, que cae á una muy grande huerta, en la cual hay diez estanques ó más, unos de agua salada para las aves de mar, y otros de dulce para las de río y laguna, que muchas veces vacían, é hinchen por la limpieza de la pluma. Andan en ellos tantas de aves, que ni caben dentro ni fuera; y de tan diversas maneras, plu-

mas y hechura, que ponían admiración á los españoles mirándolas; ca las más de ellas no conocían ni habían visto hasta entonces. Á cada suerte de aves daban el cebo y pasto con que se mantenían en el campo; si con yerbas, dábanles yerba; si con grano, dábanles centli, frísoles, habas y otras simientes; si con pescado, peces, de los cuales era el ordinario de cada día diez arrobas, que pescaban y tomaban en las lagunas de Méjico; y aun á algunas daban moscas y tales sabandijas, que era su comida. Había para servicio de estas aves trescientas personas: unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan de comer; unos son para espulgarlas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando encloquecen, otros las curan enfermando, otros las pelan, que esto era lo principal, por la pluma, de que hacen ricas mantas, tapices, rodela, plumajes, moscadores y otras muchas cosas, con oro y plata; obra perfectísima.

Casa de aves para caza

Tiene otra casa con muy cumplidos cuartos y aposento, que llaman casa de aves, no porque hay en ello más que en la otra, sino porque las hay mayores, ó porque, con ser para caza y de rapiña, las tienen por mejores y más nobles. Hay en estas casas muchas salas altas, en que están hombres, mujeres y niños, blancos de nacimiento por todo su cuerpo y pelo, que pocas veces nacen así, y aquellos los tienen como por milagro. Había también enanos, corcovados, quebrados, contrahechos y monstruos en gran cantidad, que los tenía por pasatiempo, y aun dicen que de niños los quebraban y enjibaban, como por una grandeza de rey. Cada manera de estos hombrecillos estaba por sí en su sala y cuarto. Había en las salas bajas muchas jaulas de vigas recias; en unas estaban leones, en otras

tigres, en otras onzas, en otras lobos; en fin, no había fiera ni animal de cuatro pies que allí no estuviese, á sólo efecto de decir que los tenía en su casa el gran señor Motezumacín, aunque más bravos eran. Dábanles de comer por sus raciones, gallipavos, venados, perros, y cosas de caza; había asimismo en otras piezas, en grandes tinajas, cántaros y semejantes vasijas con agua ó con tierra, culebras como el muslo, víboras, cocodrilos, que llaman caimanes ó lagartos de agua; lagartos de estos otros, lagartijas, y otras tales sabandijas y serpientes de tierra y agua, así bravas, ponzoñosas, y que espantan con sola la vista y su mala catadura; había también á otro cuarto, y por el patio, en jaulas de palos rollizos y alcándaras, toda suerte y ralea de aves de rapiña; alcotanes, gavilanes, milanos, buitres, azores, nueve ó diez maneras de halcones, muchos géneros de águilas, entre las cuales había cincuenta mayores harto que las nuestras caudales, y que de un pasto se come una de ellas un gallipavo de aquellos de allá, que son mayores que nuestros pavones; de cada ralea había muchas, y estaban por su cabo, y tenía de ración para cada día quinientos gallipavos y trescientos hombres de servicio, sin los cazadores, que son infinitos; otras muchas aves estaban allí que los españoles no conocieron; pero decíanles ser todas muy buenas para caza, y así lo mostraban ellas en el semblante, talle, uñas y presa que tenían. Daban á las culebras y á sus compañeras la sangre de personas muertas en sacrificio, que chupasen y lamiesen; y aun, como algunos cuentan, les echaban de la carne; ca muy gentilmente la comen los unos lagartos y los otros.

Españoles no vieron esto, mas vieron el suelo cuajado de sangre como en matadero, que hedía terriblemente, y que temblaba si metían un palo; era mucho de ver el bullicio de los hombres que entraban y salían en esta casa, y que andaban curando de las aves, animales y sierpes; y nuestros españoles se holgaban de mirar tanta diversidad

de aves, tanta braveza de bestias fieras, y el enconamiento de las ponzoñosas serpientes; mas empero no podían oír de buena gana los espantosos silbos de las culebras, los temerosos bramidos de los leones, los aullidos tristes del lobo, ni los fieros gañidos de las onzas y tigres, ni los gemidos de los otros animales, que daban teniendo hambre ó acordándose que estaban acorralados, y no libres para ejecutar su saña. Y certísimamente era de noche un traslado del infierno y morada del diablo; y así era ello, porque en una sala de ciento cincuenta pies larga, y ancha cincuenta, estaba una capilla chapada de oro y plata de gruesas planchas, con muchísima cantidad de perlas y piedras, ágatas, cornerinas, esmeraldas, rubíes, topacios, y otras así; adonde Motezuma entraba en oración muchas noches, y el diablo venía á hablarle, y se le aparecía, y aconsejaba según la petición y ruegos que oía. Tenía casa para solamente graneros, y donde poner la pluma y mantas de las rentas y tributos, que era cosa mucho de ver. Sobre las puertas tenían por armas ó señal un conejo. Aquí moraban los mayordomos, tesoreros, contadores, receptores, y todos los que tenían cargo y oficios en la hacienda real. Y no había casa de éstas del rey donde no hubiese capillas y oratorios del demonio, que adoraban por amor de lo que allí estaba; y por tanto, todas eran grandes y de mucha gente.

Casas de armas

Motezuma tenía algunas casas de armas, cuyo blasón es un arco y dos aljabas por cada puerta. De toda suerte de armas que ellos usan había muchas, y eran arcos, flechas, hondas, lanzas, lanzones, dardos, porras y espadas; broqueles y rodelas más galanas que fuertes; cascos, grevas y brazaletes, pero no en tanta abundancia, y de palo do-

rado ó cubierto de cuero. El palo de que hacen estas armas es muy recio. Tuéstanlo, y á las puntas hincan pedernal ó huesos del pez libiza, que es enconado, ó de otros huesos, que como se quedan en la herida, la hacen casi incurable y enconan. Las espadas son de palo, con agudos pedernales engeridos en él y encolados. El engrudo es de cierta raíz, que llaman zacotl, y de teujalli, que es una arena recia y como de vena de diamantes, que mezclan y amasan con sangre de murciélagos y no sé qué otras aves; el cual pega, traba y dura por extremo; tanto, que dando grandes golpes no se deshace. De esto mismo hacen punzones, que barrenan cualquier madera y piedra, aunque sea un diamante. Y las espadas cortan lanzas y un pescuezo de caballo cercén; y aún entran en el hierro y mellan, que parece imposible. En la ciudad nadie trae armas; solamente las llevan á la guerra ó á la caza ó en la guarda.

Jardines de Motezuma

Sin las ya dichas casas, tenía también otras muchas de placer, con muy buenos jardines de solas yerbas medicinales y olorosas, de flores, de rosas, de árboles de olor, que son infinitos. Era para alabar al Criador tanta diversidad, tanta frescura y olores. El artificio y delicadeza con que están hechos mil personajes de hojas y flores. No consentía Motezuma que en estos verjeles hubiese hortaliza ni fruta, diciendo que no era de reyes tener granjerías ni provechos en lugares de sus deleites; que las huertas eran para esclavos ó mercaderes, aunque con todo esto, tenía huertos con frutales, pero lejos, y donde poquitas veces iba. Tenía asimismo fuera de Méjico casas en bosques de gran circuito y cercados de agua, dentro de las cuales había fuentes, ríos, albercas con peces, conejeras, vivares, riscos y peñoles, en que andaban ciervos, corzos, liebres,

zorras, lobos y otros semejantes animales para caza, en que mucho y á menudo se ejercitaban los señores mejicanos. Tantas y tales eran las casas de Motezumacín, en que pocos reyes se le igualan.

Corte y guarda de Motezuma

Cada día tenían seiscientos señores y caballeros á hacer guarda á Motezuma, con cada tres ó cuatro criados con armas; y alguno traía veinte ó más, según era y lo que tenía; y así, eran tres mil hombres, y aún dicen que muchos más, los que estaban en palacio guardando al rey. Y todos comían allí de lo que sobraba del plato, como ya dije, ó sus raciones. Los criados ni subían arriba, ni se iban hasta la noche después de haber cenado. Eran tantos los de la guarda, que aunque eran grandes los patios y plazas y calles, lo henchían todo. Pudo ser que entonces por amor de los españoles pusiesen tanta guarda é hiciesen aquella apariencia y majestad, y que la ordinaria fuese menos; aunque á la verdad es certísimo que todos los señores que están debajo el imperio mejicano, que, como dicen, son treinta de á cien mil vasallos, residían en Méjico por obligación y reconocimiento, en la corte del gran señor Motezumacín, cierto tiempo del año. Y cuando iban fuera á sus tierras y señoríos, era con licencia y voluntad del rey. Y dejaban algún hijo ó hermano por seguridad y porque no se alzasen; y á esta causa tenían todos casas en la ciudad de Méjico Tenuchtitán. Tanto fué el estado y casa de Motezuma; su corte tan grande, tan generosa, tan noble.

Que todos pechan al rey de Méjico

No hay quien no peche algo al señor de Méjico en todos sus reinos y señoríos; porque los señores y nobles pechan con tributo personal; los labradores, que llaman macebal-tin, con persona y bienes; y esto en dos maneras: ó son renteros ó herederos. Los que tienen heredades propias pagan por año uno de tres que cogen ó crían. Perros, gallinas, aves de pluma, conejos, oro, plata, piedras, salcera y miel, mantas, plumajes, algodón, cacao, centlí, ají, camatli, habas, frísoles y todas frutas, hortaliza y semillas, de que principalmente se mantienen. Los renteros pagan por meses ó por años lo que se obligan; y porque es mucho, los llaman esclavos; que aun cuando comen huevos, les parece que el rey les hace merced. Oí decir que les tasaban lo que habían de comer, y lo demás les tomaban. Visten á esta causa pobrissimamente. Y en fin, no alcanzan ni tienen sino una olla para cocer yerbas, y una piedra ó un par para moler su trigo, y una estera para dormir. Y no solamente daban este pecho los renteros y los herederos, pero aun servían con las personas todas las veces que el gran señor quería, aunque no quería sino en tiempos de guerras y caza. Era tanto el señorío que los reyes de Méjico tenían sobre ellos, que callaban aunque les tomasen las hijas para lo que quisiesen, y los hijos; y por esto dicen algunos que de tres hijos que cada labrador y no labrador tenía, daba uno para sacrificar, lo cual es falso; que si así fuera, no parara hombre en la tierra, y no estuviera tan poblada como estaba, y porque los señores no comían hombres sino de los sacrificados, y los sacrificados, por maravilla eran personas libres, sino esclavos y presos en guerra. Cruelles carniceros eran, y mataban entre año muchos hombres y mujeres y algunos niños; empero

no tantos como dicen, y los que eran después los contaremos por días y cabezas. Todas estas rentas traían á Méjico á cuestras los que no podían en barcas, á lo menos las que menester eran para mantener la casa de Motezuma. Las demás gastaban con soldados ó trocábanse á oro, plata, piedras, joyas y otras cosas ricas, que los reyes estiman y guardan en sus recámaras y tesoros. En Méjico había trojes, graneros, y, como dije, casas en que encerrar el pan, y un mayordomo mayor con otros menores, que lo recibían y gastaban por concierto y cuenta en libros de pintura; y en cada pueblo estaba su cogedor, que eran como alguaciles, y traían varas y ventalles en las manos; los cuales acudían, y daban cuenta con paga de la cogida y gente, por padrón que tenían del lugar y provincia de su partido, á los de Méjico. Si erraban ó engañaban, morían por ello, y aun penaban á los de su linaje, como parientes de traidor al rey. Á los labradores, cuando no pagan, prenden; y si están pobres por enfermedades, espéranlos; si por holgazanes, aprémianlos. En fin, si no cumplen y pagan á ciertos plazos que les dan, pueden á los unos y á los otros tomar por esclavos y venderlos para la deuda y tributos, ó sacrificarlos. También tenía muchas provincias que le tributaban cierta cantidad y reconocían en algunas cosas de mayoría; pero esto más era honra que provecho. De suerte pues que por esta vía tenía Motezuma, y aún le sobraba, para mantener su casa y gente de guerra, y para tener tanta riqueza y aparato, tanta corte y servicio; y más, que de todo esto no gastaba nada en labrar cuantas casas quería; porque ya de gran tiempo están diputados muchos pueblos allí cerca, que no pechan ni contribuyen en otra cosa más de en hacerle casas, repararlas y tenerlas siempre en pie á costa suya propia; que ponían su trabajo, pagaban los oficiales y traían á cuestras ó arrastrando el canto, la cal, la madera y agua y todos los otros materiales necesarios á las obras. Y ni más ni menos proveían, y muy abundantemente, de cuanta leña se quemaba en las cocinas,

cámaras y braseros de palacio, que eran muchos, y habían menester, á lo que cuentan, quinientas cargas de tamemes, que son mil arrobas; y muchos días de invierno, aunque no es recio, muchas más. Y para los braseros y chimeneas del rey traían cortezas de encina y otros árboles, porque era mejor fuego, ó por diferenciar la lumbre, que son grandes aduladores, ó porque más fatiga pasasen. Tenía Motezuma cien ciudades grandes con sus provincias, de las cuales llevaba las rentas, tributos, parias y vasallaje que dije, y donde tenía fuerzas, guarnición y tesoreros del servicio y pechos, á que eran obligadas. Extendíase su señorio y mando de la mar del Norte á la del Sur, y doscientas leguas por la tierra adentro; bien es verdad que había en medio algunas provincias y grandes pueblos, como Tlaxcallán, Mechuacán, Pánuco, Tecoahtepec, que eran sus enemigos, y no le pagaban pecho ni servicio; mas valíale mucho el rescate y trueque que había con ellos cuando quería. Había asimismo otros muchos señores y reyes como los de Tezcuco y Tlacopán, que no le debían nada, sino la obediencia y homenaje; los cuales eran de su mismo linaje, y con quien casaban los reyes de Méjico sus hijas.

De Méjico Tenuchtitlán

Era Méjico cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas. Las del rey y de los señores y cortesanos son grandes y buenas. Las de los otros chicas y ruines, sin puertas, sin ventanas; mas por pequeñas que son, pocas veces dejan de tener dos, tres y diez moradores; y así, hay en ella infinitísima gente. Todo el cuerpo de la ciudad está en agua. Tiene tres maneras de calles anchas y gentiles. Las unas son de agua sola, con muchísimas puentes; las otras de sola tierra, y las otras de tierra y agua, digo, la mitad de tierra, por donde andan los hombres á pie, y la mitad

agua, por donde andan los barcos. Las calles de agua, de cuyo son limpias; las de tierra barren á menudo. Casi todas las casas tienen dos puertas; una sobre la calzada, y otra sobre el agua, por donde se mandan con las barcas; y aunque está sobre agua edificada, no se aprovecha de ella para beber, sino que traen una fuente desde Chapultepec, que está una legua de allí, de una serrezuela, al pie de la cual están dos estatuas de bulto entalladas en la peña, con sus rodela y lanzas, de Motezuma y Axaiaca, su padre, según dicen. Tráenla por dos caños tan gordos como un buey cada uno. Cuando está el uno sucio, échanla por el otro hasta que se ensucia. De esta fuente se abastece la ciudad y se proveen los estanques y fuentes que hay por muchas casas, y en canoas van vendiendo de aquella agua, de que pagan ciertos derechos. Está la ciudad repartida en dos barrios: al uno llaman Tlatelulco, que quiere decir isleta; y al otro Méjico, donde mora Motezuma, que quiere decir manadero, y es el más principal, por ser mayor barrio y morar en él los reyes: se quedó la ciudad con este nombre, aunque su propio y antiguo nombre es Tenuchtitlán, que significa fruta de piedra; ca está compuesto de tetl, que es piedra, y de nuchtli, que es la fruta que en Cuba y Haiti llaman tunas. El árbol, ó más propiamente cardo, que lleva esta fruta nuchtli se llama entre los indios de Culúa mejicanos, nopai; el cual es casi todo hojas algo redondas, un palmo anchas, un pie largas, un dedo gordas y dos, ó más ó menos, según donde nacen. Tiene muchas espinas dañosas y enconadas. El color de la hoja es verde, el de la espina pardo. Plántase, y va creciendo de una hoja en otra, y engordando tanto por el pie que viene á ser como árbol. Y no solamente produce una hoja á otra por la punta, mas echa también otras por los lados; mas pues acá los hay, no hay qué decir.

En algunas partes, como de los teuchichimecas, donde es tierra estéril y falta de aguas, beben el zumo de estas hojas de nopai. La fruta nuchtli es á manera de higos, que

así tiene los granillos y el hollejo delgado. Pero son más largos y coronados, como nispolas. Es de muchos colores. Hay nuchtli verde por fuera que dentro es escarnada, y sabe bien; hay nuchtli que es amarilla, otra que es blanca, y otra que llaman picadilla, por la mezcla que de colores tiene. Buenas son las picadillas, mejores las amarillas, pero las perfectas y sabrosas son las blancas, de las cuales á su tiempo hay muchas. Duran mucho. Unas saben á peras, otras á uvas. Son muy frescas; y así, las comen en verano por camino y con calor los españoles, que se dan más por ellas que los indios. Cuando esta fruta es más cultivada es mejor; y así, ninguno, si no es muy pobre, come de las que llaman montesinas ó magrillas. Hay también otra suerte de nuchtli, que es colorada, la cual no es preciada, aunque gustosa. Si algunos la comen, es porque vienen temprano y las primeras de todas las tunas. No las dejan de comer por ser malas ni desabridas, sino porque tiñen mucho los dedos y labios y los vestidos, y es muy mala de quitar la mancha, y sin esto, porque tiñen la orina en tanta manera, que parece pura sangre. Muchos españoles nuevos en la tierra han desmayado por comer de estos higos colorados, pensando que con la orina se les iba toda la sangre del cuerpo, en que hacían reir los compañeros. Asimismo han picado muchos médicos recién llegados de acá, viendo las orinas de quien había comido esta fruta colorada; porque engañados por el color, y no sabiendo el secreto, daban remedios para restañar la sangre del hombre saño, á gran risa de los oyentes y sabedores de la burla. De aquella fruta nuchtli, y de tetl, que es piedra, se compone el nombre de Tenuchtitlán, y cuando se comenzó á poblar fué cerca de una piedra que estaba dentro de la laguna; de la cual nació un nopal muy grande, y por eso tiene Méjico por armas y divisa un pie de nopal nacido entre una piedra, que es muy conforme al nombre. También dicen algunos que tuvo esta ciudad nombre de su primer fundador, que fué Tenuch, hijo segundo

de Iztacmixcoatl, cuyos hijos y descendientes poblaron, como después dije, esta tierra de Anauac, que ahora se dice Nueva-España. Tampoco falta quien piense que se dijo de la grana, que llaman nuchiztli, la cual sale del mismo cardón nopal y fruta nuchtli, de que toma el nombre. Los españoles la llaman carmesí por ser color muy subido, y es de mucho precio. Como quiera pues que ello fué, es cierto que el lugar y sitio se llama Tenuchtitlán, y el natural y vecino tenuchca. Méjico, según ya dije arriba, no es toda la ciudad, sino la media y un barrio, aunque bien suelen decir los indios Méjico Tenuchtitlán todo junto. Y creo que lo intitulan así en las provisiones reales. Quiere Méjico decir manadero ó fuente, según la propiedad del vocablo y lengua; y así, dicen que hay al rededor de él muchas fuentecillas y ojos de agua, de donde le nombraron los que primero poblaron así. También afirman otros que se llamo Méjico de los primeros fundadores, que se dijeron mejiti; que aún ahora se nombran méjica los de aquel barrio y población; los cuales mejiti tomaron nombre de su principal dios é idolo, dicho Mejitli, que es el mismo que Vitcilopuchtli. Primero que se poblase este barrio Méjico, estaba ya poblado el de Tlatelulco, que por comenzarle en una parte alta y enjuta de la laguna le llamaron así, que quiere decir isleta, y viene de tlatelli, que es isla. Está Méjico Tenuchtitlán todo cercado de agua dulce, como está en la laguna. No tiene más de tres entradas por tres calzadas: la una viene de poniente trecho de media legua, la otra del norte por espacio de una legua. Hacia levante no hay calzada, sino barcas para entrar. Al mediodía está la otra calzada dos leguas larga, por la cual entraron Cortés y sus compañeros, según ya dije. La laguna en que está Méjico asentada, aunque parece toda una, es dos, y muy diferente una de otra; porque la una es de agua salitral, amarga, pestífera, y que no consiente ninguna suerte de peces, y la otra de agua dulce y buena, y que cría peces, aunque pequeños. La salada crece y mengua; mas según el aire

que corre, corre ella. La dulce está más alta; y así, cae la agua buena en la mala, y no al revés, como algunos pensaron, por seis ó siete ojos bien grandes que tiene la calzada, que las ataja por medio, sobre los cuales hay puentes de madera muy gentiles. Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y ocho ó diez de largo, y más de quince de ruedo. Otro tanto tendrá la dulce en cada cosa; y así, bajará toda la laguna más de treinta leguas, y tendrá dentro y á la orilla más de cincuenta pueblos, y muchos de ellos de á cinco mil casas, algunos de diez mil, y pueblo, que es Tezcucó, tan grande como Méjico. La agua que se recoge á esto hondo que llaman laguna, viene de una corona de sierras que están á vista de la ciudad y á la redonda de la laguna, la cual para en tierra salitral, y por eso es salada; que el suelo y sitio lo causan, y no otra cosa, como piensan muchos. Hácese en ella mucha sal, de que hay gran trato. Andan en estas lagunas doscientas mil barquillas, que los naturales llaman acalles, que quiere decir casas de agua; porque atl es agua, y calli casa, de que está el vocablo compuesto. Los españoles las dicen canoas, avezados á la lengua de Cuba y Santo Domingo. Son á manera de artesa, y de una pieza hechas, grandes ó chicas, según el tronco del árbol. Antes me acorto que alargo en el número de estas acalles. para según lo que otros dicen; ca en sólo Méjico hay ordinariamente cincuenta mil de ellas para acarrear bastimentos y portear gente; y así, las calles están cubiertas de ellas, y muy gran trecho al rededor de la ciudad, especial día de mercado.

Los mercados de Méjico

Llaman tianquiztli al mercado. Cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar el mercado. Mas Méjico y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísimas. Es-

pecial lo es una de ellas, donde se hace mercado los más días de lo semana, pero de cinco en cinco días es lo ordinario, y creo que la orden y costumbre de todo el reino y tierras de Motezuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun lejos. Y más todos los pueblos de la laguna, á cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun más. Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poca policía; y porque tanta gente y mercaderías no caben en la plaza grande, repártenla por las calles más cerca, principalmente las cosas engorrosas y de embarazo, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificio, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras; carbón, leña y hornija; loza y toda suerte de barro pintado, vidriado y muy lindo, de que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros; cueros de venados, crudos y curtidos, con su pelo y sin él, y de muchos colores teñidos para zapatos, broqueles, rodela, cueras, aforros de armas de palo. Y con esto tenían cueros de otros animales, y aves con su pluma, adobados y llenos de yerba, unas grandes, otras chicas; cosa para mirar, por los colores y extrañeza. La más rica mercadería es sal y mantas de algodón, blancas, negras y de todos colores, unas grandes, otras pequeñas; unas para cama, otras para capa, otras para colgar, para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. También hay mantas de hoja de metl y de palma y de pelo de conejos, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodón, hilaza y madejas blancas y teñidas. La cosa más de ver es la volatería que viene al mercado; ca, allende que de estas aves comen la carne, visten la pluma, y cazan á otras con ellas, son tan-